



Manifestación de homosexuales en Barcelona el pasado mes de julio.

Alcance y dimensión del Informe Kinsey

LA HOMOSEXUALIDAD MASCULINA

NARCISO DE LA TORRE-VELVER

EN 1967, Alfred C. Kinsey, biólogo, publica las estadísticas más caras y más elaboradas que hasta esa fecha se hubieran difundido sobre sexualidad y homosexualidad (1). Un trabajo elaborado con los métodos y las constataciones estadísticas más modernos (2) en base a la historia sexual de 6.300 hombres estadounidenses, de todas las razas, edades y estratos sociales, en una muestra distribuida por toda la geografía del país, aunque más localizada en el Este.

Guy Hocquenghem (3) parece no poner en duda que la investigación de Kinsey "no hizo más que continuar el esfuerzo de aislamiento de la psiquiatría moderna dándole bases materiales, sociológicas y estadísticas". Realmente, Kinsey llegó a elaborar unos cuadros clínicos útiles —en sus propias palabras— "a psiquiatras, médicos, psicólogos clínicos, jefes de personal, consejeros pedagógicos y matrimoniales, jueces, agentes de libertad vigilada, directores de institutos penales y correccionales, trabajadores sociales, sacerdotes, maestros y padres de familia...". Algo muy a la americana, muy propio de la concepción sociológica del neocapitalismo.

En un mundo que vive de cifras, Kinsey demuestra que a los homosexuales se les puede encerrar en un 4 ó 5 por 100; pero lo que

desató la tempestad social que acompañó a la publicación de su informe, fue la demostración estadística de que "puesto que en la vida adulta sólo el 50 por 100 de la población es exclusivamente heterosexual y sólo el 4 por 100 es exclusivamente homosexual, parece que cerca de la mitad (46 por 100) de la población practica actividades homosexuales y heterosexuales a la vez, o reacciona psicológicamente respecto a personas de los dos sexos, en el curso de la vida adulta".

"¿Era realmente necesario multiplicar cuestionarios y encuestas para comprobar que todo el mundo es más o menos homosexual? Al hacerse esta pregunta, Guy Hocquenghem parece sobervalorar la capacidad encefálica del pueblo estadounidense que necesita comprobar su "vocación" y elegir su trabajo, esposa y sitio en la sociedad a través de una máquina IBM.

Eso sí, la escala Kinsey —al servicio de una sociedad policial— intentará "restablecer los derechos a la normalidad cuantitativa".

Después de su elaborada encuesta, Kinsey llega a una serie de conclusiones sobre la homosexualidad masculina, como hemos dicho, que resume en trece puntos (4), a partir de los cuales clasifica a los individuos en una escala de seis grados (5). Y al

final de estas conclusiones escribe: "El mundo no está dividido en ovejas y machos cabríos. Nada es negro. Nada es blanco. La Naturaleza, según un principio fundamental, pocas veces maneja categorías netamente definidas. Es el espíritu humano el que inventa categorías y se esfuerza por colocar los hechos en casilleros separados. El mundo viviente es un 'continuum' en todos sus aspectos". ¡Asombroso! Kinsey acaba cayendo en su propia contradicción. A fuerza de clasificar, llega a la conclusión de que nada es clasificable.

Y no se para Alfred Kinsey ahí, en su escala que numera a los individuos del 1 al 6, según el grado de práctica homosexual (haciendo caso omiso de la cantidad de pulsión homosexual presente en cada persona). Todo un ingenio mundo de conjeturas y de cábalas para los casos posibles, le lleva a aconsejar —para psiquiatras, policías... etcétera—: "¡Cuidado, que aun perteneciendo a la casilla número 1, puede salir un delincuente! Un hombre maduro que no ha tenido nunca un episodio homosexual es capaz de tener acceso por la fuerza a un niño, y aun cuando el episodio lo encajaría en la casilla uno, podría soliviantar a la comunidad en tal grado de hacer pesar sobre él toda la fuerza de la ley". Y con no poco

paternalismo, añade: "Hay individuos exclusivamente homosexuales que rodean sus actividades reales de tanta discreción que no originan problemas sociales, en tanto que otros, que también encajan en el grado seis de la escala, son 'lobos' activísimos y en abierto conflicto con la sociedad a causa del quebrantamiento incansante de las convenciones".

Al final de su informe, Kinsey concluye explicándonos que "la sociedad es más rigurosa al darnos opción a elegir pareja sexual que al permitirnos elegir zapatos, vestido o coche". Lo que evidentemente no se pregunta Kinsey —o no quiere preguntarse— es: por qué. ¿Por qué la sociedad actúa así?

¿Hasta cuándo será la palabra del psiquiatra quien proteja del lodo a la sexualidad normal intentando demostrar a todos los "trémulos" que "lo innombrable y tan nombrado" nunca les traerá problemas? ¿Cuándo dará la sociedad la palabra a los homosexuales? "Lo importante —escribe Sartre en boca de Jean Genêt— es que no nos hagan escuchar la voz del propio culpable, esa voz carnal y turbadora que seduce a los jóvenes, voz ahogada que murmura durante el placer, voz canalla que cuenta una noche de amor...".

¿Por qué tanta importancia para algo que no es extraño? ¿Por qué, si el homosexual se conside-

ra un hombre normal, habla o intenta hablar de su anomalía? Estas preguntas tienen respuesta clara para Guy Hocquenghem: "Si repetimos que no hay diferencias entre homosexuales y heterosexuales, que unos y otros se dividen en ricos y pobres, en machos y hembras, en buenos y malos, es precisamente porque la diferencia existe, y porque para llevar la homosexualidad a la vida normal existe un esfuerzo continuamente defraudado, un abismo infranqueable que se abre a cada instante. La homosexualidad no existe y existe a la vez: su modo de existencia hace que se enjuncia la certidumbre de la existencia".

Y es que, evidentemente, la homosexualidad no existe en sí misma, existe en la naturaleza de la sociedad. No hay que cuestionar la homosexualidad; hay que cuestionar la sociedad que la inventa y la persigue. Y como sociedades que son, hay que cuestionar también las posturas de los partidos políticos a este respecto: "La organización de la represión del deseo en nombre de los intereses superiores de la Humanidad o en

nombre de los intereses superiores del proletariado es estrictamente equivalente desde el punto de vista de los efectos", leyendo y leyendo a Guy Hocquenghem.

José María Maravall (6) no vacila en afirmar: "Cualquier ciudadano que crea en la razón y no en el miedo como principio de organización social, que acepte sólo la democracia, que sea de ideas socialistas, necesariamente debe odiar los tabúes, las persecuciones".

Y para los que creen más en las IBM que en el pensamiento, el que el 46 por 100 de la población masculina practique actividades o tenga deseos homosexuales y heterosexuales a la vez en el curso de la vida adulta, es algo que —a pesar de la alienación con que nos quiere seguir envolviendo el capitalismo desarrollado— acabará por hacerles pensar. Tal vez estas estadísticas, estas caras y poco concluyentes estadísticas —subvencionadas por la Fundación Rockefeller—, sirvan para que, de una vez por todas, se acepte como verdad lo indiscutible y se dé por demostrado lo evidente. ■

NOTAS

(1) Al consultar la obra de Kinsey, hace unos meses, aún no estaba publicado en España el tomo sobre homosexualidad femenina.

(2) La verificación de los datos siguió los siguientes pasos:

a) Comparación de muestras de distinto tamaño, sacadas por el método de selección planeada de la totalidad de las historias.

b) Utilización en las entrevistas de preguntas de comprobación y otras técnicas destinadas a poner a prueba la memoria y la exactitud de los datos aportados.

c) Comparación de los datos obtenidos de muestras completas de universos dados (100 por 100) y de muestras de universos parciales.

d) Comparación de los datos tomados en entrevistas originales y repetidas con el mismo sujeto.

e) Comparación de los datos obtenidos por tres distintos encuestadores.

f) Comparación de los datos obtenidos por un mismo encuestador en dos períodos cuatrienales sucesivos.

g) Midiendo las tendencias indicadas por datos calculados para sucesivos lapsos de edad.

h) Comparación de los datos obtenidos de grupos de hombres que llegaron a la adolescencia a las distintas edades.

i) Comparación de los datos obtenidos por hombres de diferentes niveles de escolaridad y clases ocupacionales.

j) Comparación de las incidencias de la homosexualidad en dos generaciones apareadas por un lapso medio de veintidós años.

k) Comparación de las incidencias entre grupos rurales y urbanos.

l) Comparación de los datos aportados por distintos grupos confesionales.

(3) Guy Hocquenghem, profesor de Filosofía en Vincennes (París). Obra citada: *Homosexualidad y sociedad represiva*. Buenos Aires, Argentina.

(4) a) El 37 por 100 del total de la población masculina tiene al menos alguna experiencia homosexual con orgasmo entre la entrada en la adolescencia y la vejez. Esto equivale a dos varones de cada cinco con quienes uno puede cruzarse en la calle.

b) El 50 por 100 de los hombres que permanecen solteros hasta los treinta y cinco años ha tenido experiencia homosexual hasta el orgasmo, desde la entrada en la adolescencia.

c) El 68 por 100 de los hombres que pertenecen al grupo "que cursan estudios secundarios solamente", el 60 por 100 de la escolaridad primaria y el 47 por 100 de los de escolaridad universitaria han tenido experiencia homosexual con orgasmo si quedan solteros hasta la edad de treinta y cinco años.

d) El 63 por 100 de todos los varones nunca tiene episodios homosexuales físicos (contrapuestos a psíquicos) con orgasmo después de la iniciación de la adolescencia.

e) El 50 por 100 de todos los varones (aproximadamente) no tiene episodios ni físicos ni psíquicos en lo homosexual después de entrado en la pubertad.

f) El 13 por 100 de los varones (aproximadamente) reacciona eróticamente a estímulos de otros varones sin tener contactos homosexuales físicos después de la entrada en la adolescencia.

g) El 30 por 100 de todos los varones tiene al menos algunos episodios homosexuales o reacciones durante al menos tres años entre las edades de dieciséis y cincuenta y cinco años de edad. Esto representa un hombre de cada tres (de la muestra) mayor de quince años.

h) El 25 por 100 de la población masculina registra episodios homosexuales más que accidentales, o reacciones durante al menos tres años entre las edades de dieciséis y cincuenta y cinco años de edad. En función de promedios, un hombre de cada cuatro, aproximadamente, ha tenido o tendrá ese tipo de experiencia homosexual distinta y continua.

i) El 18 por 100 de los hombres ejerce cuando menos tanta actividad homosexual como heterosexual durante al menos tres años entre los dieciséis y los cincuenta y cinco años de edad. Esto representa más de un hombre de cada seis de la población masculina de raza blanca.

j) El 13 por 100 de la población es más homosexual que heterosexual durante al menos tres años entre los dieciséis y los cincuenta y cinco años de edad. Esto representa un hombre de cada ocho de la población masculina de raza blanca.

k) El 10 por 100 de los hombres son poco más o menos exclusivamente homosexuales durante al menos tres años entre los dieciséis y los cincuenta y cinco años de edad. Esto equivale a un varón de cada diez en la población masculina de raza blanca.

l) El 6 por 100 de los hombres es exclusivamente homosexual durante al menos tres años entre los dieciséis y los cincuenta y cinco años. Esto equivale a un hombre de cada trece.

m) El 4 por 100 de los hombres de raza blanca es exclusivamente homosexual a lo largo de toda su vida, después de la pubertad. (Alrededor del 60 por 100 de los muchachos preadolescentes llega a tener relaciones homosexuales.)

(5) Esta escala se basa en reacciones psicológicas y el ejercicio real de la homosexualidad. Grados:

0. Exclusivamente heterosexual sin rasgos homosexuales.

1. Predominio heterosexual, sólo accidentalmente homosexual.

2. Predominio heterosexual, pero homosexual en grado mayor que el accidental.

3. Heterosexual y homosexual por igual.

4. Predominio homosexual, pero más que accidentalmente heterosexual.

5. Predominio homosexual, pero accidentalmente heterosexual.

6. Exclusivamente homosexual.

(6) José María Maravall, Doctor en Sociología de la Universidad de Oxford. Profesor de la Universidad Complutense.

